

Silvia D'Agata,  
*Le armi e la virtù. Nobiltà siciliana e monarchia spagnola  
in due trattati del Cinquecento*, Roma, Edizioni di Storia  
e Letteratura, 2024, 136 pp.

ISBN: 9788893599610

**Ignacio Rodulfo Hazen**

Universidad de Alcalá

ignacio.rodulfo@uah.es

ORCID: 0000-0002-6063-9880

El desarrollo de la imprenta coincidió durante la primera edad moderna con el largo otoño —mejor dijéramos estío— de la caballería, y no sólo aquella de la ficción literaria. No pocos tratados se dedicaron a los duelos, a la caza, a la jine-ta y a otras ocupaciones felicitarias y obligaciones de la nobleza, como a otros tantos saberes especializados. Silvia d'Agata se ha fijado en dos de estos libros, ambos sicilianos y casi del todo desconocidos para los eruditos. El primero, *Dell'onor vero*, lo escribió Girolamo Camerata inspirado por el ambiente de la capital virreinal de Palermo, a mediados del siglo xvi; el segundo, más tardío, lleva por título *Discorso della gloria*, y lo compuso Argisto Regio para una importante familia que residía en sus feudos.

Hasta la fecha, casi nada se sabía de estos escritores. La autora desvela con nuevos hallazgos que, a pesar de los títulos áulicos, ninguno de los dos era propiamente noble. Camerata estudió medicina en Bolonia; Regio, más joven, persiguió varios puestos con desigual fortuna. Los ambientes aristocráticos les recibieron por sus destrezas con la pluma, que desde hacía tiempo era compañera inseparable de la espada.

La primera parte del libro está enteramente dedicada a la tradición de las armas y las letras, en las que tan brillante fue el Renacimiento del sur de Italia. Para los príncipes napolitanos y sicilianos, todo este movimiento fue mucho más que una moda heredada del humanismo. La participación en las guerras, empezando por las grandes campañas de Carlos V en el ducado de Milán, o en el mar, contra el turco, les dio una nueva posición en el mundo, una salida a su sed de acción y honras en el vasto dominio de la Monarquía. Están bien descritos los cambios estéticos e intelectuales que acompañaron a esta nueva aventura de la aristocracia siciliana: desde los adornos más coloridos del primer ciclo imperial, llenos de símbolos clásicos y encanto caballeresco, hasta el estilo más ri-

guroso de los años de la reforma religiosa en las últimas décadas del siglo; pero no se nos olvide: los hombres de negro y gorguera, moldeados por los rígidos ambientes cortesanos o por los jesuitas, siguieron instalados en este ámbito supranacional de los Austrias, de anchísimos horizontes.

El capítulo sobre los soldados poetas españoles viene al caso, porque compararon el ámbito y las ideas de los tratadistas sicilianos, pero forman un tipo aparte. Garcilaso, Ercilla o el propio Cervantes y otros muchos casos más menudos que afloran en la documentación —como el soldado catalán Juan de Pinós, o los que documenta Miguel Martínez en *Las líneas del frente*— demuestran que las armas y las letras fueron, antes que ninguna figura ideal, un modo de vida verídico, auténtico. El soldado versador o músico fue corriente hasta bien entrado el siglo xvii, y no sólo entre los españoles. No faltaron los nobles napolitanos que también militaron y escribieron con sincera vocación, como Ferrante Carafa, el marqués de San Lucido. Tampoco faltó el verdadero heroísmo en muchas de aquellas campañas. En otras palabras: las letras de los caballeros (o el arte de los príncipes) no pueden ser reducidas a meros instrumentos legitimadores, ni desleídas en los muy repetidos retruécanos —«el poder del arte y el arte del poder», etc.— que vienen a sustantivar siempre el poder, por unos caminos o por otros.

Es cierto que Camerata y Argisto Regio no fueron soldados escritores: fueron eruditos al servicio de los poderosos, y en sus tratados hay seguramente cortesanía, zalamas y ansias de medro, pero esto no resume la relación profunda entre las armas y las letras en el largo siglo xvi, y no es lo más interesante que pueden enseñarnos. De hecho, Silvia D'Agata se apoya en ellos para llevarnos por otras muchas facetas poco conocidas de aquella Sicilia en tiempos de Felipe II, con noticias abundantes.

De las capitales virreinales se ha llegado a decir que no favorecieron un florecimiento del arte y la cultura comparable al de otras grandes cortes europeas. Aquel ir y venir de lugartenientes habría dificultado que surgiesen relaciones consistentes de mecenazgo e instituciones donde se sembraran ideas verdaderamente interesantes. Este estudio contribuye a desterrar aquella visión, documentando la formación de academias y cenáculos donde se remansaba aquella circulación fascinante de «hombres y sensibilidades» entre los distintos reinos de la primera Monarquía mundial. La obra de Girolamo Camerata atestigua la existencia de una *Accademia dei cavalieri d'armi* fomentada por el virrey, don García de Toledo. Allí estaban plenamente presente toda la actualidad de la Corte madrileña, todas las ideas y los hombres fundamentales de las distintas facciones: desde Ruy Gómez y el duque de Alba hasta los grandes burócratas, como Diego de Vargas. Con estos últimos se celebraba el triunfo del derecho en el gobierno de la Monarquía: la otra faceta profunda de las letras.

También estaban presentes las mujeres. Girolamo Camerata dedicó una interesantísima alabanza a doña Ana Mendoza de la Cerda, la princesa de Éboli. A través de esta figura, el autor llamaba a todos los hombres a aceptar el protagonismo de las mujeres ingeniosas y decididas, y todo ello «ad esempio della giudicio-

sissima natione spagnuola». En la cabeza de Camerata estaban otras mujeres que la precedieron, como Margarita de Parma, gobernadora de los Países Bajos. Al mismo tiempo, durante el reinado de Felipe II, se preparaba aquel brillante momento encabezado por Isabel Clara Eugenia, Catalina Micaela, y, en Sicilia, Juana de Austria, la hija ilegítima del héroe de Lepanto que llegaría a casarse con el príncipe de Pietraperzia y que la autora conoce particularmente bien.

El *Discorso della gloria* de Argisto Regio describe un mundo que podría parecer más limitado. El dedicatario, Francesco II de Moncada, príncipe de Paternò, no fue un aristócrata viajero y militar por el Mediterráneo. Hizo vida entre la capital y sus estados feudales de Sicilia, sobre todo en la ciudad de Caltanissetta. Los diarios que Santiago Martínez Hernández ha publicado en 2023 retratan un príncipe que escribía en español, piadoso, aficionado a la caza o la música y entregado al gobierno de sus vasallos. Emerge ahora más completo este ambiente, con sus figuras femeninas, y se confirma que aquellas cortes provinciales, tan poco atendidas, fueron verdaderos centros de mecenazgo y reuniones intelectuales, vinculados a las ciudades y al resto del mundo. De hecho, la idea fundamental de la aristocracia en el tratado dirigido a Francesco Moncada no era la vida rústica y solitaria del campo, sino la maravilla, la esplendidez, la gloria.

En los libros de Camerata y Regio hemos visto dos estampas de la Italia española, dos rostros de los aristócratas sicilianos en la segunda mitad del siglo XVI. Al final, en las conclusiones, la autora trata de devolver todo el caudal de los personajes, lugares e ideas al esquema de las relaciones de poder y sus formas exteriores: «il potere e le parole del potere». Creo que el resumen no le hace justicia y pasa por encima de lo más plenamente histórico, que es siempre lo variable. Frente a la continuidad de algunas estructuras sociales, hemos asistido a un cambio profundo en los modelos de humanidad, que se fraguó en academias, palacios, movimientos de hombres y mujeres, ideas y costumbres. La descripción de este cambio íntimo en los ideales aristocráticos, que no es mero recubrimiento de otros, es probablemente lo más valioso del ensayo; esto, y la imagen de aquella Sicilia abierta al resto del mundo, de sus círculos plurales de socialización sin los que no se entiende la verdadera entidad de los virreinos y, en general, el conjunto de la Monarquía de los Austrias.